

# Ese Bendito Año

## Relato corto

*“El cambio inminente  
se percibía en el ambiente.  
Quizá solo comenzó a emerger  
lo que estaba reprimido;  
lo que ya debía solucionarse  
y dejarse en el olvido.”*

Extracto Compilado de Obra:

**“En la mente de Johanna”**

**Relatos cortos**

Extensión: 10 pág.

LÁSKA LEVINE

# **Ese Bendito Año**

## *Relato Corto*

*“En la mente de Johanna”*

**Láska Levine**

*Todos los derechos reservados ©*

*Prohibida la comercialización impresa o digital de este material*

*sin consentimiento previo del autor.*

Imagen: agradecimiento a fotografa fkleen

“

*“El cambio inminente  
se percibía en el ambiente.*

*Quizá solo comenzó a emerger  
lo que estaba reprimido;  
lo que debía solucionarse  
y dejarse en el olvido.”*

”

*Láska Levine*

Se miraba en el espejo, coqueteando un poco con ella misma al tiempo en que acomodaba en perfecta simetría el cuello de su camisa abotonada; reacomodaba los pantalones ajustados a su cadera y daba los últimos retoques a su cabello atado en forma de coleta.

Su mirada fijada en sí, al reflejo.

Luego, como por impulso, se miró profundamente a los ojos por unos segundos para terminar soltando un suspiro con el que parecía querer echar fuera ciertos pensamientos.

Volvió un poco en sí.

— Bah... como si el virus volara por los aires.

Pensó sarcásticamente y comentó en voz alta para sí misma con un dejo de fastidio; levantando por impulso la ceja izquierda sin quitar la mirada de sus brillantes ojos color aceituna. Al mismo tiempo, se colocaba detrás de las orejas la tela que debía cubrir nariz y boca.

Todavía sin colocársela debidamente, la dejó sobrepuesta debajo de su mentón y, tras la siguiente inhalación, el aroma a café fresco impregnó sus fosas nasales provocándole instantáneamente cerrar los ojos extasiada.

Ese sonido peculiar indicaba que la cafetera que había puesto a trabajar justo después de salir de la ducha, ya estaba escurriendo las primeras gotas de su preciado elixir.

Abrió los ojos y, como despidiéndose de su propio reflejo, volvió a mirarse fijamente por un instante corto.

Enseguida, salió de la habitación.

Pasos largos y elegantes le dirigieron a la cocina.

Los tacones, al hacer contacto con el suelo resonaban tajantemente en todo el lugar. Pero las botas enmarcaban muy bien sus pies, decía ella; y esa era su más poderosa excusa para permitirse el acto de usarlos también dentro de casa, por el tiempo que se le diera la gana y sin formalidades.

Tomó su tazón transparente del dispensario y lo llenó de café, casi hasta el borde.

Aún era temprano y el sol no alcanzaba a entibiar la casa.

De tres pasos llegó hasta las cortinas para abrirlas de par en par y permitir la entrada de luz del día.

La luz era suave y amarillenta.

Luna, la gatita de Nona, ya se había elevado en el marco de la ventana para echar un vistazo al nuevo día.

Johanna nunca fue de su agrado completamente, así que sin darle los buenos días solo se sentó a esperar a los pájaros comunes que suelen posarse sobre los cables y, haciendo gesto de una cara de fastidio que no podía ocultar, observar si el panorama traería algo nuevo ese día.

Y nada nuevo traería el día seguramente, pues sus expresiones de amargura se mantuvieron por un rato.

Se detuvo un momento detrás de la felina disgustada para observar afuera; mientras elevaba el tazón con ambas manos a la altura de sus labios para darles calor.

Su mirada parecía perdida en el exterior.

O, Luna le había contagiado de su amargura, o el día en verdad marcaba algo extraño en sus inicios.

Le recorrió un ligero escalofrío que erizó los bellos de su nuca.

Los músculos del cuello se tensaron; sin razón y de manera involuntaria.

Los brazos ceñidos a su cuerpo le daban una sensación de seguridad y calor. El aroma que emanaba de su taza parecía al menos provocarle un confort temporal que le llenaba de coraje antes de salir al mundo que de a poco y sin embargo, tan repentinamente, se convertía en un escenario apocalíptico de ciencia ficción.

Tenía esa sensación tan familiar de encontrarse completamente sola, aún escuchando los enseres siendo removidos en la cocina.

— Este bendito año nos pegó duro, Nona...

Dijo Johanna alzando a propósito el volumen de su voz al percatarse de la presencia lejana de su madre sin inmutarse y, casi sin procesar las palabras antes de decirlas; mientras fisgoneaba por la ventana a un par de oficinistas que hacían ademanes de despedida uno al otro.

Uno de los hombres llevaba debajo del brazo un computador portátil y un montón de papeles desordenados; como recolectados apresuradamente y al azar. Y en la mano que le quedaba libre sostenía un maletín de cuero con papeles como queriendo escaparse por las aberturas de los costados.

El otro hombre cargaba dos cajas con papeles que parecían ser documentos empresariales y carpetas empastadas con el logotipo de un avión despegando hacia un mundo caricaturizado. El título “Operadora de viajes” se empastaba en el cuadernillo, justo arriba de la imagen.

Dichos documentos, que el hombre de visible mayor edad colocaba en la cajuela abierta del auto de su compañero, revelaban haber sido guardados descuidadamente y sin ningún orden.

Los dos se quedaron viendo por un instante, como desconcertados; y cada uno con rostro expectante para luego hacerse una corta seña de despedida con la mano y dispersarse cada quien por su lado.

El tipo del auto abrió la puerta del conductor y aún sin entrar en él, alzó la mirada hacia los últimos pisos del edificio contiguo.

Tras unos segundos de cierta solemnidad, subió a su automóvil y se alejó.

Johanna levantó la taza rebosante de café cargado y soplaba de manera automática para disminuir el ardor de los primeros sorbos, sin quitar la vista del escenario frente a ella.

— Finalmente ha sucedido.

Yo tenía esa sensación dentro de mi desde hace un tiempo; de que todo cambiaría de repente...

Reflexionaba para sí.

Aunque al final tenía una excusa: Su vida estaba repleta de esos cambios repentinos y solo quizás, ya sabía identificarlos a kilómetros de distancia.

Perdida entre sus pensamientos solo quedó estática, con la mirada fija.

El humo constante que emanaba del café recién servido se dirigía directamente a penetrar su nariz.

La luz de los primeros rayos del sol comenzaban a tocar su cara como acariciándola.

Su cuerpo comenzaba a entibiarse. Y a pese a la sacralidad del momento, había algo que todavía seguía perdiendo su atención; desviándola a lo que, viéndolo desde fuera parecía ser: la nada.

Si acaso Nona había dado respuesta a su comentario, Johanna ya estaba muy adentro en su mundo como para haberlo notado.

Comenzó a recordar ese sueño que tuvo unos meses atrás, el año anterior. Ese sueño; uno de los que han marcado su memoria en esa última época tan extraña.

En él, protagonizaba como partícipe de una guerrilla militar por obligación, y era testigo de los más gráficos y horribles escenarios. Presenciaba la injusta muerte de sus compañeras y embebida en coraje se rebelaba contra sus captores, provocando aún más oposición pero logrando tiempo después, el cometido de liberación. Una vez libre ella y sus compañeras (entre las cuales destacaba solamente una cara conocida), deseaban regresar a casa pero, la sensación inicial era la de no saber exactamente a dónde dirigirse.

Recordaba su hogar y le parecía tan lejano, tan ajeno a ella, tan vacío del verdadero contenido de la palabra “hogar”. Y durante el trayecto caminando a la orilla del mar con su compañera de milicia, Johanna de pronto caía presa del pánico al observar a su izquierda y a lo alto, una ola que arrasaba con todo a su paso y que arrastraba enormes buques en sus entrañas.

Paralizada por unos instantes pero reaccionando lo más rápido que pudo, tomó a su compañera por el brazo y jalándola tras ella comenzaron a subir unas escaleras tan altas como una pirámide; mientras que sus pensamientos la llevaban directa e inevitablemente a la perdición.

Sin saber exactamente hasta donde llegaría su huida, la esperanza se mantenía viva.

Lo último que recordaba de ese sueño era que, corría y corría como si literalmente ya no fuera a existir más, un mañana.

Después de aquella noche, al amanecer, una energía inexplicable le recorría el cuerpo entero; y extrañamente contenía en sí una motivación con la que hace mucho no despertaba.

No obstante, esa mañana Johanna permanecía ahí, como sonámbula, a unos centímetros del cristal de la ventana; con el cubre bocas colocado a manera de descanso en su barbilla y la bebida aún intacta.

El vapor de la taza comenzaba a fundirse con el cristal, nublándole la vista panorámica; lo que le hizo salir del trance.

Su mirada por fin volvió en sí.

Fue directo por un sorbo de café que le devolvió el aliento.

Se envolvió en la sensación del líquido quemando su garganta.

Dio otro sorbo; y después otro.

Miró el reloj plateado que adornaba su muñeca y, con premura dio un último y largo sorbo para luego abandonar la taza en el mesón del comedor.

Arrebató las escandalosas llaves del estante con una mano, mientras con la otra se colgó el bolso al hombro, y procedió a plantar un beso en la frente de su madre.

— Me tengo que ir, Nona.

Pórtate bien. Regreso en unas horas.

Nona apenas le respondió con un ligero gemido, sin mirarla siquiera.

Regaló una mirada tierna a Leonardo, quien de cualquier manera siempre estaba ocupado cuidando de Nona.

Cubrió su boca con la tela de protección y salió a la calle.

Al cerrar la puerta detrás de ella, un viento frío le hizo estremecer.

Era eso, o la impresión de ver las calles tan solas como nunca antes.

Se percibía cierta tensión entre las pocas personas que transitaban. Parecían como envueltos en un cascarón invisible; sin dirigirse a nadie, con la mirada baja y sin embargo, mirándose de reojo unos a otros con un cierto tipo de recelo.

Aquel suceso le conmocionó tanto que, al caminar entre las calles desiertas creía haber estado soñando.

Todavía cargaba las llaves en la mano, que apretaba con tal fuerza como para hundirle y marcarle la piel; pero tenía esa sensación de irrealidad; y el dolor en sus palmas le prometía la idea de estar despierta.

El silencio se apoderaba del ambiente después del escandaloso rugir de un par de autos que se alejaban.

Los tacones golpeaban contra el pavimento rítmicamente, como un martilleo constante que taladraba sus oídos vez con vez.

Johanna tenía la sensación de percibir sonidos como nunca antes.

Escuchaba como en un espacio cerrado el cantar de las aves recién despiertas; el crujir de las hojas que pisaba, el polvo y las pequeñas piedras siendo machacadas bajo las suelas de sus botines; el sonido de las llantas de un auto a lo lejos... Resonaban aquellos estruendos como eco, todas a la vez, de un modo ensordecedor.

Todo esto había sido muy repentino y estaba haciendo estragos en la realidad de Johanna. No solo refiriéndonos a la declaración de pandemia a inicios de ese mes de marzo que arrasó con la vida de muchos; removi6 el suelo de todo ser; y, que termin6 por dejar en confinamiento al mundo entero sin saber qu6 esperar del futuro porvenir. Sino tambi6n a lo que acontecía en su mundo interior antes de que la sola idea del fin de la “normalidad” como la conocía, acechara.

El cúmulo de acontecimientos fue presentándose, uno a uno en la vida de Johanna, tal como si ya hubiesen sido programados.

Pero si vamos al grano, y sealamos con un dedo, directo al punto de quiebre; su “normalidad” comenz6 a derrumbarse poco antes de iniciar ese “bendito a6o”, como solía llamarlo ella.

Expresamente, la noche de aquel 25 de diciembre del a6o 2019.

(...)